

tolerado, como dice el Apóstol, con una paciencia extrema á cristianos dignos de su cólera y merecedores desde largo tiempo de los suplicios eternos?...¹ ¡ Cuántos buenos pensamientos, cuántos estímulos y remordimientos!... ¡ O Dios mío, lo repito, cuántas veces nos habeis invitado á la mesa nupcial, al banquete de vuestro amor! « Venid, hijos míos, nos decíais; venid, mi corazón os llama, el convite está preparado, la víctima está inmolada, apresuraos. » Y nosotros, al igual que los Judíos, nosotros nos hemos desdeñado de responder á su llamamiento; quizás tambien entre los que han venido á sentarse en la mesa eucarística ha habido algunos que no llevaban la vestidura nupcial, que no tenían la pureza de conciencia, las disposiciones convenientes. A pesar de esto, hermanos míos, la misericordia de Dios nos aguarda, nos tolera... ¿ Qué digo? élla nos invita todavía, y muy á pesar suyo se verá algun día obligada á castigarnos.

PERORACION. Leemos en la Sagrada Escritura, que un ángel del Señor se apareció á la madre de Sanson, para anunciarle el nacimiento de este hijo predestinado que debia ser por algun tiempo el libertador de Israel. El marido de esta mujer, asustado, le dijo: « Ciertamente morirémos, porque Dios se nos ha aparecido. — No, contestó la madre; si el Señor quisiera hacernos morir, no nos habría anunciado todas estas cosas, ni predicho todo lo que debe sobrevenirnos². » Pobres pecadores, ¿ no podemos decir tambien lo mismo respecto de nosotros? No, no quiere Dios nuestra pérdida, os lo digo de verdad; pues si la quisiera, no haría resonar en nuestros oídos de una manera tan frecuente estas saludables amonestaciones y tan solemnes amenazas. Él quiere nuestra enmienda, nuestra salvacion; y estas amenazas mismas vienen á ser una invitacion mas apremiante de su misericordia³. « Cuando, decía el Señor por boca de un profeta, hubiere dado un decreto contra algun reino, para perderlo y asolarlo del todo, si esta nacion hiciere penitencia, evitará por su arrepentimiento

1. Rom., IX, 22-23.

2. Judic., XIII, 22-23. — 3. Jerem., XVIII, 7 y sigs.

las desgracias con que la haya amenazado, y yo no derramaré sobre élla los males con que debía aniquilarla. » O Dios, o Padre lleno de misericordia, esta misma es la conducta que guardais con respecto á nuestras almas; hacednos, pues, la gracia de responder á vuestro amor, de cooperar al designio que teneis de salvarnos. Haced, o dulce Salvador, que vuestras amenazas produzcan en nosotros un temor saludable, nos exciten á salir del pecado, nos hagan entrar de nuevo en gracia con vos, á fin de que, mecidos en los brazos de vuestra inefable misericordia, podamos un día alabaros y bendeciros para siempre en la gloria eterna. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL VIGÉSIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(JOAN. IV, 46-53.)

Como los padres deben vigilar sobre los intereses temporales y espirituales de sus hijos.

TEXTÓ. *Rogabat eum, ut descenderet et sanaret filium ejus, incipiebat enim mori.* Rogaba á Jesús, que bajase y curase su hijo, que estaba próximo á morir¹.

EXORDIO. Hermanos míos, nuestro divino Salvador había venido por segunda vez á Caná de Galilea, pueblo en donde había obrado su primer milagro. « Había, pues, entre los vecinos de aquel lugar un príncipe, un gobernador, ó segun la palabra que emplea el Evangelio de este día, un reyezuelo que tenía á su hijo enfermo en Cafarnaum. Habiendo sabido, que Jesús estaba en aquella comarca, vino á encontrarle, rogándole que bajase á su casa, para curar á su hijo que estaba agonizando. Viendo nuestro Señor, que la fé de ese hombre era todavía imperfecta, pues que este

1. Joan., IV, 47.

juzgaba necesaria la presencia de Jesús para la curacion de su hijo, le increpó por é llo y le dijo : « Si no veis milagros y prodigios, ya no creéis. — Señor, respondió el príncipe, venid, os ruego, antes que mi hijo muera. Jesús le dijo : Vé, que tu hijo vive. Creyó el hombre á la palabra que le dijo Jesús y se fué. Y cuando bajaba saliéronle al encuentro sus criados, diciéndole que su hijo estaba bueno. Pidióles entonces á que hora comenzó á encontrarse mejor, y le dijeron : Ayer á la siete le dejó la fiebre. Conoció, pues, el padre, que era la misma hora, en que Jesús le dijo: Tu hijo vive; y creyó él y toda su casa; » esto es creyó que Jesús era verdaderamente el Mesías esperado.

Tal es la narracion del Evangelio del día de hoy. Con tal ocasion bien podría demostraros, hermanos míos, que nadie, por poderoso que sea, está exento de las penas de este mundo; podría tambien conducirnos al aposento del hijo de ese príncipe, extendido sobre el lecho del dolor, devorado por la fiebre y estando bajo la helada mano de la muerte. Veríais entonces, conforme dijimos al hablar del hijo de la viuda de Naim, que ni la juventud, ni los buenos cuidados, ni la fortuna pueden preservarnos de las enfermedades, ni eximirnos de la muerte.

PROPOSICION. Pero en esta mañana quiero pararme en otro pensamiento. La insistencia de este padre en pedir á Nuestro Señor la curacion de su hijo : *Bajad, os ruego, antes que muera mi hijo*; el resultado producido por la salud recobrada por el hijo, tanto sobre su padre, como sobre toda la familia : *Credidit ipse et domus ejus tota, creyó él y toda su casa* me impelen á hablaros de los deberes de los padres para con sus hijos.

DIVISION. Primeramente : es una obligacion de los padres el velar convenientemente por los intereses temporales de sus hijos : *en segundo lugar* : ellos deben procurar todavia con mas ahinco los intereses espirituales de los mismos hijos; estas dos lecciones se derivan claramente del Evangelio de este día.

Primera parte. Es una obligacion manifiesta de los padres el velar por los intereses temporales de sus hijos; pero es preciso añadir, que ellos deben proceder en esto conforme á la voluntad

de Dios, es decir, que deben evitar el mas y el menos, que son dos defectos igualmente reprehensibles. Ciertamente, hermanos míos, parece casi inútil, especialmente en los tiempos que vivimos, decir á los padres, que están obligados á ocuparse de lo que toca á los intereses temporales de sus hijos; pues es de temer, que pongan en esto demasiado cuidado. Pues, ¿ no se ven á cada paso padres que en cierta manera parecen vivir únicamente para sus hijos? Y muchas veces, haciendo ellos traicion á los designios de la Providencia, ultrajando las santas leyes por la misma establecidas, ¿ no procuran restringir el número de los hijos, no solo para sustraerse á los cuidados y trabajos que importa la educacion, sino tambien para que el hijo ó la hija única sean mas ricos y ocupen mejor posicion en el mundo?... ¡ Cálculo egoista y cruel, que no pocas veces desbarata Dios de una manera terrible!.. ¿ No vienen á ser muchos hijos otros tantos ídolos, cuyos caprichos se aprueban, y á cuya satisfaccion sacrifican los padres todos sus pensamientos y desvelos? Quiérese á toda costa, que ellos hagan fortuna y que sean de condicion superior á la que ocuparon sus padres... Y si á vosotros mismos que me escuchais os preguntase : ¿ porqué tantas fatigas y preocupaciones, porqué este apego al trabajo, por el cual profanais tantas veces la santificacion del Domingo?... Sin duda vosotros me diríais : Por mis hijos; sí, lo hago por ellos; por mi hijo, por mi hija me desentraño tanto.

Y si esos mismos hijos estuviesen enfermos y devorados por la fiebre, si los vierais próximos á morir, ¿ no os sentiríais inquietos, fuera de vosotros mismos y atormentados, como este príncipe de quien nos habla nuestro Evangelio?... ¿ No acudiríais pronto al médico?... Y si hoy, como entonces, recorriese Nuestro Señor nuestras ciudades y aldeas, como recorría las de la Judea, sembrando milagros á su paso, ¿ no iríais en vuestra angustia y dolor á echaros, como ese padre, á sus piés y á pedirle la curacion de vuestro hijo?... Ah! yo conozco vuestro corazon y sé que la mayor parte de vosotros no faltaría en hacerlo. En esto tendríais razon; vuestro llamamiento al médico, vuestro recurso á Nuestro Señor en tales circunstancias sería para vosotros un deber. Digamos,

pues, que generalmente se mira por los intereses temporales de los hijos; pero convengamos tambien, que no son pocos los padres que se ocupan de ellos demasiado. Digo demasiado, porque á causa de esos mismos intereses á menudo los padres y madres ofenden á Dios y ponen á riesgo su salvacion eterna.

Si los padres de quienes acabo de hablaros, son culpables, no faltan otros que pecan por un exceso opuesto. En efecto, se encuentran tambien padres sin entrañas y sin corazon que ningun cuidado tienen de los intereses temporales de sus hijos. Estos tales ora son unos viciosos que malgastan, sea en el juego, sea en la taberna el pan de sus hijos; ora son unos haraganes y perezosos, que miran con aversion el trabajo, disipan lo que sus padres laboriosos les dejaron, y ellos á su vez no dejarán á sus hijos otra herencia que la pobreza y miseria. Otras veces es el lujo y el orgullo que devorarán las economías que habrían podido proporcionar á los hijos un relativo bienestar.

Además la instruccion afecta tambien á los intereses temporales de los hijos. Ahora, pues, decidme; ¿no se ven á veces padres que por avaricia impiden á sus hijos el frecuentar el catecismo, la escuela, obligándolos á entregarse á un trabajo precoz, y para hacer ganar algunos céntimos á esos pobres hijos, los privan de la educacion é instruccion á que los mismos tienen derecho?... ¿Debo tambien hablaros de otra clase de padres, que no sé si merecen este nombre, de esos padres y madres indignas que criando á sus hijos en la pereza y abandono, especulan sobre su corta edad?... ¡Pobres niños! vosotros no conoceréis ni la Iglesia, ni la escuela, y condenados por padres infames á la holgazanería, á la medicidad acaso, no recibiréis instruccion alguna; y el nombre de Dios, de este Padre que teneis en el cielo, no asomará en vuestros labios sino para ser blasfemado. Entregados al vicio como una presa, vuestra infancia pasará entre la miseria y la deshonra; y si llegais á haceros grandes, la flojedad y malos ejemplos de vuestros padres harán quizás de vosotros unos de esos seres repugnantes que se ven á menudo, y que acaban por ser la desesperacion de su familia y un azote de la sociedad.. ¡ Ah!

y cuán culpables son semejantes padres delante de Dios, y cómo podría aplicárseles con razon estas palabras que nuestros libros santos aplican al avestruz, ave feroz y sin afeccion por sus hijuelos: *El avestruz es duro con sus hijuelos, como si no le perteneciesen*¹.

Segunda parte. Á tal raza de padres sin duda no pertenecía, o cristianos, este príncipe de quien nos habla nuestro Evangelio. Él había emprendido un viaje bastante largo, para obtener la curacion de su hijo; él no se cansa de pedir, y á pesar de la reprobacion que nuestro divino Salvador le hace por su poca fé, mirad como insiste: « Venid, os ruego, antes que mi hijo se haya muerto. » Pero tambien, hermanos míos, que su ejemplo os sirva para ocuparos con mas ardor de los intereses espirituales de vuestros hijos... O padre desolado, no en vano os habeis dirigido á Jesucristo; vuestra súplica es atendida... Ved como sus criados vienen á su encuentro, para anunciarle la curacion de su hijo. A la misma ahora, al momento mismo en que el médico celestial le dijo: Vete, tu hijo esta sano; la fiebre dejó á este hijo queridísimo. ¿Qué hará, pues, el padre? ¡ Ah! en testimonio de su gratitud se apresura á conquistar á la fé, no sólo á su hijo, sino á todos los que moran en su casa. Él cree en la divinidad de Aquel que por manera tan súbita y milagrosa ha devuelto la salud á su hijo; y quiere además, que todos cuantos le rodean, participen de la misma creencia. *Credidit ipse et domus ejus tota.* Él pensaría con razon, que no basta tener la fé y la religion para sí mismo, sino que además es necesario hacer todos los esfuerzos, para comunicar estos sentimientos de fé y de religion á todos aquellos con quienes se vive; y mas particularmente aun á los hijos, de cuya alma son responsables el padre y la madre ante Dios.

¿ Es este, hermanos míos, un ejemplo siempre bien seguido, es esta una verdad bien comprendida siempre? ¡ Ah! no quiero hablar de tantas esposas que piadosas en cierta manera para sí mismas, ningun empeño ponen en atraer á sus maridos á las prác-

1. Job, xxxix, 16.

ticas religiosas que ellos tal vez han abandonado. « Sería trabajo inútil, » dicen ellas. O mujeres, si realmente teneis fé, no habéis de esta manera. Por de pronto, ¿ habéis vosotras emprendido seriamente esta obra, que debe ser para vosotras una obra de todos los días?... Y si ya habéis agotado todos los demás medios, ¿ no os queda siempre el recurso supremo de la oración?... Pero de los hijos quiero principalmente ocuparme. ¿ Se toman realmente á pecho los intereses espirituales de su alma?... ¿ Se les dice de verdad lo que la madre de S. Luis repetía á su hijo : Prefiero verte muerto á mis piés, que manchado de un solo pecado mortal?... ¡ Ay ! No lo ignoráis, muy reducido es el número de madres, que se hallan animadas de tales sentimientos y que del fondo de su corazón podrían usar semejante lenguaje. Un niño por inadvertencia dejará caer un plato, ó un objeto aun de menos valor, entonces el padre, la madre se irritan y le pegan fuerte ; pero se le oye blasfemar, ven que falta con frecuencia á las plegarias de la mañana ó de la noche, y estas faltas se consideran como una bagatela, y no se hace caso de corregirlas. Vuestro hijo ó vuestra hija se han quebrado un miembro á causa de un accidente cualquiera ; ¡ qué dolor, qué disgusto!... Eso os inquieta ; « Pobre hijo, decís, ¡ cómo sufre!... si á lo menos no le quedara traza alguna de este accidente... » Pero supongamos, que él haya perdido la fé, que menosprecie sus deberes religiosos, que raras veces se deje ver en la Iglesia. Responded, padres y madres, que me escucháis, ¿ esta ruina, este desmembramiento de su alma os causa la misma pena?... ¿ Decís tambien entonces con la misma ansiedad : « ¡ pobre hijo, qué digno es de lástima!... Si llegaba á morir en este estado, su paradero sería el infierno, y un infierno eterno!... » ¿ Lo pensáis así? ¿ Os ocupáis en eso?...

Pero si no os ocupáis de eso, vuestra religion individual, vuestra piedad personal de poco os servirá ; pues entonces sois peores que un infiel. Si, hermanos míos, la expresion es dura, pero no es mía sino del apóstol S. Pablo. Escuchad lo que dice : *Si quis suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit et est infideli deterior*. Si alguno no tiene cuidado de los suyos y en parti-

cular de los de su casa, ha negado la fé y es peor que un infiel ¹. Escuchadlo bien ; si no os ocupáis de la salvacion de los de vuestra casa, y en especial de la salvacion de vuestros hijos, (porque aquí el Apóstol habla no menos de los ciudadanos del alma, que de los del cuerpo,) en este caso sois peores que un infiel, y os portáis como si hubieseis negado la fé. Así pues, cristianos, sepámoslo bien ; es necesario obrar, como este padre de quien se trata en este Evangelio ; es menester que uno crea para sí mismo y dar buen ejemplo, si queremos que los hijos lo sigan. Dícese que el águila que fabrica ordinariamente su nido en lo alto de las peñas, cuando quiere enseñar á sus pequeñuelos á tomar su vuelo, voltea por debajo de ellos, trazándoles el camino y sosteniéndolos con sus alas. Esto es la imágen de lo que deben hacer los padres. Ocupaos temprano del alma y de la salvacion de vuestros hijos, trazadles el camino con vuestro ejemplo, sostenedlos con vuestras oraciones y consejos, y no lo dudeis, si vuestro amor es bien ordenado, si preferís los intereses espirituales de vuestros hijos á los temporales, Dios bendecirá vuestros esfuerzos y escuchará vuestras oraciones... Os he dicho, que el amor que se debe á los hijos, debe ser ordenado, esto es, arreglado segun el orden querido por Dios, de modo que la afeccion que se les tenga, ande guiada por la fé que prefiere el alma al cuerpo. Mirad á esa madre heroica, de quien nos habla la *vida de los Santos*. Los verdugos quieren librar su hijo, esperando hacerle negar la fé. Élla lo toma en sus brazos, lo carga por sí misma sobre el carro que debe conducirle al suplicio. « No, hijo mío, le dice, tu no perderás esta bella corona del martirio que comienza á tocar tu frente. Que lloren las madres que no están seguras de la salvacion eterna de sus hijos ; en cuanto á mí, lejos de derramar lágrimas, me regocijaré de saber que estás en el cielo cerca de Dios, por quien vas á dar tu vida, y de que rogarás por la que te ha dado á luz ². » ¡ Que fé!.. ¡ Cómo su amor para con su hijo era bien arreglado, pues

1. I Tim., v, 8.

2. *Vida de los santos*, los cuarenta mártires, Ribadeneyra, 40 de Marzo.

prefería la salvación de su alma á los intereses de su cuerpo!...

PERORACION. Pero; cuán raras veces se encuentra esta afección ordenada aun entre las personas cristianas! Permitidme terminar, confirmando esto con un ejemplo. Leemos en la vida de S. Juan de la Cruz, que una señora, la marquesa de Espada, habiendo visto á su hijo don Genaro sucumbir á la edad de cuatro años bajo la acción de la viruela, suplicaba á este santo cuya oración era en cierto modo omnipotente cerca de Dios, que le devolviese su hijo. « Tal vez, contestó el santo á esta madre desolada, Dios se dignará devolvéroslo; pero si lo ha arrebatado tan prematuramente del mundo, ha sido, porque él debía ser para vos causa de grandes disgustos. Él devorará su fortuna y os reducirá á la miseria; después de haberse perdido en el juego y de haber sido encarcelado muchas veces, será desterrado. Después volverá á mendigar su pan por las calles de Nápoles é incurrirá por fin en excomunión mayor. » La marquesa que no conocía mayor desgracia que la pérdida de su hijo, pidió al santo, si después de tantos desórdenes y miserias su hijo se salvaría. « Si, respondió él, por un rasgo especial de la misericordia divina vuestro hijo se salvará. » Si ha de ser así, replicó la madre, poco me importa la miseria y la vergüenza, devolvedle la vida. — ¿ Le queréis, pues, vivo, á pesar de lo que os anuncio?... Si le quiero vivo... Entrán entonces en el aposento en que yacía el hijo, el santo se puso de rodillas; luego después de haber invocado á Dios, hizo correr por la boca del niño algunas gotas de un licor milagroso, que se escapa del sepulcro de S. Nicolás. De repente el niño se levanta y se halla curado. La madre no sabía como expresar su gratitud. « No á mí, dice el santo, debéis dar las gracias, sino á S. Nicolás, cuyos méritos le han devuelto la vida. » Genaro así resucitado creció; pero ay! todas las predicciones de S. Juan se cumplieron á la letra; él perdió en el juego hasta cien mil escudos en un solo día, vino á parar, en fin, en la última miseria y arrastró á su madre en su ruina. Vivió entonces con la gente mas soez en Nápoles, fué encarcelado, desterrado después, y volvió á mendigar su pan á las puertas de la ciudad; pero, como había predi-

cho el santo, Dios tocó su corazón y murió en los mas vivos sentimientos de arrepentimiento ¹.

Ciertamente, hermanos míos, aunque esta mujer tuvo fé, ya veis empero cuan mal reglado era el amor que profesaba á su hijo. ¡ Ah! en vez de consentir en que su hijo volase al cielo con la inocencia de su Bautismo, prefirió verle vivir durante largos años en el desórden y olvido de Dios. Á lo menos vosotros profesad á vuestros hijos una afección ordenada de una manera mas cristiana. Poco importa, que vuestros hijos sean ricos, afortunados y considerados sobre la tierra, y que pasen aqui días mas ó menos largos; lo que sobre todo importa es, que vivan cristianamente, que conserven la fé, que salven su alma; si vuestros ejemplos y consejos han contribuido á este resultado, la recompensa que á vosotros os toque, será mas grande y vuestros hijos serán un día vuestra corona el cielo. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL VIGÉSIMO PRIMERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MATEO, XVIII, 23-35.)

Sobre el perdon de las injurias.

TEXTO. *Sic et Pater meus cælestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.* Así tambien se portará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáreis con todo vuestro corazón á vuestro hermano las ofensas que él os hubiere hecho.

EXORDIO. Hermanos míos, S. Pedro acababa de consultar á nuestro Salvador, habiéndole pedido cuantas veces debía perdonar á los que le hubiesen ofendido. ¿ « Hasta siete veces? » le había dicho. Y Jesús le había respondido: No, Pedro, esto no basta, sino

1. Vida de S. Juan-José de la Cruz, *ibid.* 5 Marzo.